

*Estar sentado como una montaña es tener la eternidad delante de ti, es la actitud apropiada para el que quiere entrar en la meditación: saber que la eternidad está detrás, delante y dentro de ti.*

Serafín del Monte Athos

## EL ABANDONO

En muchos momentos de la oración, sobre todo al iniciarla, procuramos seguir unas pautas. Buscamos medios que nos faciliten la concentración, el silencio, las palabras, etc. De alguna manera podríamos decir que hacemos un “esfuerzo” por orar. Sin embargo, cuanto más avanzamos, más nos damos cuenta que el camino orante es el inverso: dejar de hacer esfuerzo, renunciar a todo intento, abandonarse. En este sentido, la oración no es “hacer” sino más bien un “dejar de hacer” para “dejar hacer a Dios”.

La cosa no es sencilla, porque estamos demasiado acostumbrados a la actividad, sea ésta física o mental. No nos podemos estar quietos, no sabemos. Sin duda, esto no se consigue de la noche a la mañana, requiere experimentarlo. Y quizás sólo lo experimentamos en breves destellos, pero verdaderamente intensos.

El abandono de la oración significa dejar fluir todo lo que pasa en nosotros sin aferrarnos a nada, como si fuésemos espectadores de lo acaece en nosotros: sensaciones corporales, sonidos, las distracciones, etc. No hacer nada por ahuyentar, retener o pensar todo ello, sino sólo dejar que salgan de nosotros por el mismo sitio que entraron. Esto significa abandonarse.

La oración así entendida es una renuncia a intervenir en nada en el momento en que estamos orando, porque sabemos que todo está en las manos de Dios. Un abandono que incluso nos lleva a renunciar a las imágenes, deseos, palabras sobre Dios. Un abandono mudo, sostenido por una confianza pura, orientada al único que merece que nos abandonemos en Él; porque aunque ni siquiera nos atrevamos a encerrarle en un nombre o unas ideas, palpamos que una vez descubierto, nada merece ser agarrado, nada merece que orientemos nuestra voluntad salvo Él.

Por eso, el silencio de la oración cristiana no es un simple vacío, no es el sumergirse en una nada. Sino más bien lo contrario: abandonarse en el Todo, sumergirse en el Inabarcable. Es el silencio del que ante Dios siente que no puede hacer otra cosa que no sea detenerse ante él. Aquí la oración y la fe se convierten en una sola cosa. Los momentos de oración nos permiten gustar que la vida, toda ella, consiste en abandonarse en Dios. Y esto, curiosamente, se traduce en vivir con más pasión toda nuestra vida.



## PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA

[*Obras Completas*. Edición preparada por T. H. Martin

BAC, Madrid, 2002. ]

También se le puede conocer a Dios mediante el conocimiento y la ignorancia. Y de Él existe pensamiento, razón, ciencia, tacto, sensación, opinión, imaginación, nombre, y todas las otras cosas, pero ni le entendemos, ni le encerramos en palabras ni le nombramos. No es ninguno de los seres ni puede ser conocido en ninguno de ellos. Y es «todo en todo» y «nada en ninguna cosa», puede ser conocido por todos en todo y por ninguno en nada. Por eso, el más sublime conocimiento de Dios es el conseguido mediante el «no saber» por una unión que supera todo entendimiento, cuando el entendimiento, apartándose de todos los seres, y olvidándose luego incluso de sí mismo, se une a los rayos de extraordinario resplandor que provienen de lo alto, siendo iluminado allí por el inexplotable abismo de Sabiduría.

*Los nombres de Dios, Cap. 7, IV*

La tiniebla divina es luz inaccesible, donde se dice que habita Dios (Ex 20, 21; cf. Mt 1, 3), es ciertamente invisible debido a su deslumbrante claridad e inaccesible debido al desbordamiento de sus irradiaciones supraesenciales. En este lugar se encuentra todo aquel que es considerado digno de conocer y ver a Dios, por el mismo no ver y no conocer; y estando verdaderamente por encima de la visión y conocimiento, conoce esto mismo: que Dios está más allá de todas las cosas que puedan alcanzar los sentidos y la inteligencia y dirá como el profeta: «Tu sabiduría es un misterio para mí, es tan sublime que no puedo comprenderla» (Sal 139, 6)

Así también se dice que el divino Pablo conoció a Dios, entendió que Él estaba por encima de todo pensamiento y conocimiento. Por ello dice también que «sus caminos son irrastreables y sus decisiones incomprensibles» (2 Cor 9, 15) y que su paz sobrepasa toda inteligencia (Flp 4, 7), pues había encontrado a Aquel que está por encima de todo y por conocer por encima de todo entendimiento, que el que es la Causa de todo está más allá de todas las cosas.

*Carta al diácono Doroteo*

*Alquibla*: la dirección de la Kaaba en la ciudad de La Meca, hacia donde todo musulmán vuelve su rostro cuando reza. Sin embargo en la terminología sufí el término *qebleh* es la Faz y la Belleza absoluta de Dios, hacia la cual todas las criaturas, consciente o inconscientes, dirigen la mirada: “Adondequiera que os volváis, allí está la Faz de Dios” (Corán 2:115)

JAVAD NURBAKHSI, *Diwan de poesía sufí* p. 360

## ECUANIMIDAD

[GERSHOM SHOLEM *Las grandes tendencias de la mística judía*. Ediciones Siruela, Madrid 1996: p. 118]

Relación entre la indiferencia ante la alabanza o el menosprecio de los demás y la búsqueda mística, según lo ilustra una anécdota del cabalista español Yitshac de Acre (1300):

*Aquel a quien se concede el privilegio de penetrar en el misterio de la unión con Dios –debecut – conoce el misterio de la ecuanimidad, y quien posee la ecuanimidad alcanza la soledad y de ahí llega al Santo Espíritu y a la profecía. Pero rabí Abner me contó lo siguiente acerca del misterio de la ecuanimidad: “Un hombre que deseaba conocer la doctrina secreta fue a ver a un anacoreta y le pidió que le admitiera como discípulo. Éste le dijo: “Hijo mío, tu propósito es admirable, pero ¿posees la ecuanimidad?”. A lo que él otro contestó: “A decir verdad, siento satisfacción cuando me alaban y dolor cuando me insultan, pero no soy vengativo ni rencoroso”. Entonces el maestro le respondió: “Hijo mío, vuelve a tu casa, porque mientras no poseas ecuanimidad y sientas aún el aguijón del insulto, no habrás alcanzado el estadio en el que es posible ligar tu pensamiento a Dios”*



## contempla

Al salir del templo, uno de sus discípulos le dijo: “Maestro, mira qué piedras y qué construcciones”. Jesús replicó: “¿Ves esas grandiosas construcciones? Pues no quedará aquí piedra sobre piedra. Todo será destruido.

Estaba sentado en el monte de los Olivos, enfrente del templo. Y Pedro, Santiago, Juan y Andrés le preguntaron en privado: “Dínos cuándo ocurrirá eso y cuál será la señal de que todo eso está a punto de cumplirse? Jesús comenzó a decirles: “Cuidad de que nadie os engañe. Muchos vendrán usurpando mi nombre y diciendo ‘ Yo soy ’, y engañarán a muchos.”

Mc 13, 1-4

*El capítulo 13 de Marcos ofrece el llamado discurso escatológico: Jesús hace una llamada a la fidelidad frente a los tiempos difíciles que se avecinan (persecución, abandonos, etc.) y que precederán a la venida del Hijo del Hombre.*

*Proponemos contemplar el inicio de este capítulo, la escena en la que el evangelista ha situado esta invitación a la fidelidad.*

- *Contempla cómo mira Jesús la grandiosidad del Templo. Intenta imaginar esa mirada. Siéntate con él en el monte de los Olivos frente al Templo, sin decir palabra.*
- *Intenta hacer tuya esa actitud con la que Jesús mira el Templo: no quedará nada, todo pasará, todo será destruido... Es la mirada que va más allá de la grandiosidad del presente. La mirada que relativiza todo lo que parece eterno y no lo es, sea negativo o positivo. Sólo Dios es eterno, sólo Dios quedará.*
- *Lanza esta mirada sobre el Templo que es nuestra sociedad, nuestra cultura. Mira también así a nuestra propia Iglesia, todos sus proyectos y tareas. Mira con esa misma actitud muchos de los problemas que como inmensos templos te acechan y también las cosas buenas de tu vida. Incluso mírate a ti mismo de este modo. Llénate de la serenidad que supone saber que todo pasará y que sólo el Eterno se mantiene.*

## LA CULTURA DEL BOTELLÓN

Lo llaman, eufemísticamente, la *cultura del botellón*, pero, en sentido estricto, nada tiene de cultura. Se aglutinan en una plaza, beben sentados en la acera, toman éxtasis, se emborrachan, vocean y ríen y en ocasiones, se empujan, se agraden mutuamente, molestan gravemente a los vecinos y vulneran su derecho al descanso. Lo llaman cultura, pero es la expresión más nítida de la barbarie, del vandalismo, de la crisis de civismo y del descalabro de lo que algunos han venido a llamar la ética mínima.

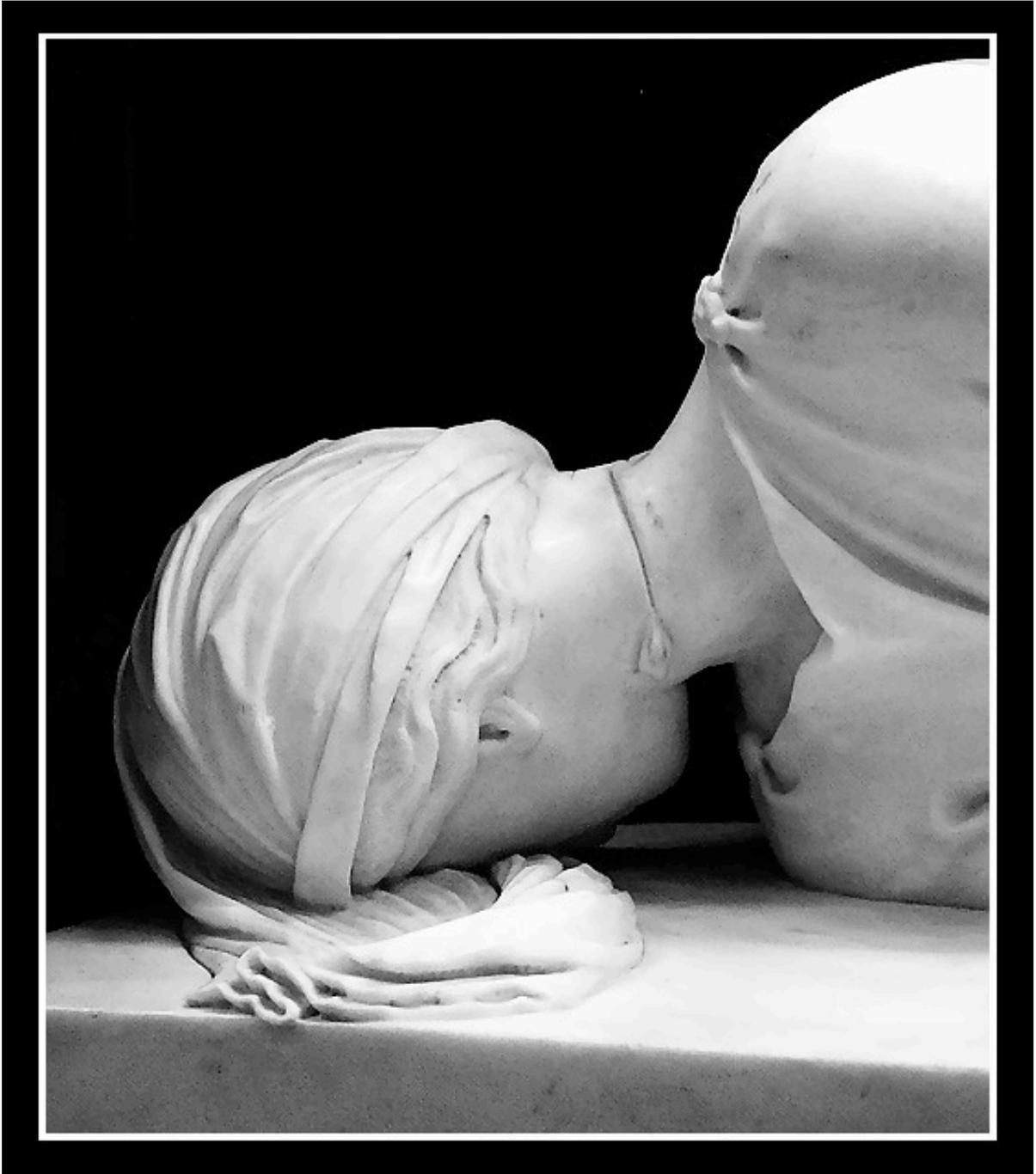
También es la expresión de un fracaso educativo, porque esas mandadas de jóvenes no proceden del mundo del trabajo, del almacén o del taller. No provienen, tampoco, de familias socialmente desestructuradas o del ámbito de la marginación. Son el fruto de nuestro sistema educativo, el producto de un mundo que ha dimitido de sus responsabilidades.

Con todo, el fenómeno del botellón no es baladí. Responde a la necesidad de reunirse, de cultivar la vida social, de establecer vínculos y relaciones. Hasta aquí, ningún problema. Pero hay algo más en el fondo de este fenómeno. Aparentemente tiene la forma de fiesta, pero no es una fiesta en sentido estricto, ni siquiera una forma civilizada de ocio, sino un puro mecanismo de evasión, de salida, de escape. La fiesta, en sentido más noble del término, es una conmemoración de la existencia, del gozo de vivir, requiere de comunidad, de lazos, de gusto por la vida. El botellón es un mecanismo de evasión de la nada, del absurdo, de un mundo sin futuro.

Antes los jóvenes se manifestaban por las calles para defender sus derechos, para transformar la universidad, el mundo del trabajo, la sociedad. Hoy la gran masa invade las calles y las plazas a altas horas de la madrugada para desaparecer, durante unas horas, de un mundo hostil y pétreo que no da salidas, donde resulta imposible hallar algún sentido.



Se impone una pedagogía del sentido en los ámbitos educativos formales, enseñar a amar la vida y a respetarla. El vacío es el gran enemigo. La experiencia de esta nada en la interioridad resulta insoportable. De ahí la necesidad de salir, de evadirse, de expulsar fuera de sí a esta nada que corroe por dentro. Vivimos en un mundo aparentemente feliz, pero el nihilismo está ahí, latente, escondido y, en ocasiones, aflora a la superficie. Sólo la educación puede salvarnos de tal desafío. Nada más. Pero para ello, debemos revisar con hondura cómo educamos y qué ideales y horizontes de sentido presentamos a las generaciones venideras. La tarea que se nos presenta puede calificarse de titánica



***Santa Cecilia (detalle), c. 1600.***  
Stefano Maderno (1566-1636)  
*Iglesia de Santa Cecilia in Trastevere, Roma.*